



NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.....	Ptas. 2,50	MADRID: trimestre.....	Ptas. 2,50	Ordinario.....	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios....	» 5	PROVINCIAS: trimestre.....	» 3	Extraordinario.....	» 0,50
		EXTRANJERO: año.....	» 15		

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27, Madrid.

Correos.

Cádiz.

Al Doctor Thebussem.

HUERTA DE LA CIGARRA
MEDINA SIDONIA

NUESTRO distinguido amigo y respetado compañero de *alternativa* en tauromaquia: al recibir, por medio del correo, el originalísimo vale que tuvo usted la atención de remitirnos, para recoger en la casa de Fernando Fe un ejemplar de su *librillo* que ha titulado *Un triste capeo*, nos faltó tiempo para ponernos en camino y recibir el regalo. Un libro del Doctor Thebussem, y de balde, ¡miel sobre hojuelas! dijimos, y con tan buena compañía, acariciándola con amor, tornamos a casa, nos pusimos a leer, y en muy pocas horas, *devoramos* una por una las bellezas y curiosidades que el tal *librillo* contiene.

Y vamos a ser con usted tan francos como su constante amistad nos autoriza y permite: ¿sabe usted las impresiones que nos produjo la lectura? Pues dos enteramente distintas. Fué la una plácido deleite y agradable entretenimiento, mucho mejor, aunque parecido, al que puede sentir un gastrónomo gustando un manjar bien condimentado por manos expertas; y fué la otra... — perdonémos la confesión, siquiera por lo espontánea y sincera — fué... «tristeza del bien ajeno», que así es como define el Catecismo de la doctrina cristiana el nombre de uno de los más malos pecados capitales.

¿Qué hemos de hacer, querido Doctor, si *se-mos frágiles*? La virtud de la caridad no la encontramos para aplicarla como remedio a nuestro pecado; usted, que siempre la tiene a mano, envíenos algo de ella para descargo de nuestra conciencia; pero no, no la envíe, que impenitentes como somos, es muy posible que, despreciada, tuviera precisión de volverse por donde hubiera venido, si cerca estaba su *Triste capeo* con su incitante cubierta.

Conocíamos la mayor parte de los escritos que comprende su precioso libro, pero era molesto buscarlos en los diferentes números de LA LIDIA en que se publicaron, y por eso la idea de coleccionarlos, ha sido como de usted, que ha sabido acompañarlos con otros de tanto mérito literario como aquéllos, y no queremos decir de más, porque no puede soltar semejan-

te afirmación un semanario taurino. Excelente es el artículo del *Rosario de la Aurora*, y admirable el de *Leyes y cañas*; en ellos ha dado usted brillante muestra de su especial talento — de distinta y mejor índole que el de otros que también le tienen — narrando en uno, con ese especial laconismo que tanto dice en pocas palabras, una curiosa historia por demás interesante; y entusiasmado en otro con su florido lenguaje y enérgicos apóstrofes; pero, amigo Doctor, ni esos escritos, ni otros que de toros no hablan, tienen punto de comparación con el de D. Pedro Yuste de la Torre, nuestro célebre picador Pedro Puyana, donde puso usted a la vista sus grandes dotes de literato, historiador y biógrafo.

No le va en zaga el que tituló *¡Que veo, que veo!* por su intención, que comprendimos desde el primer momento ser la negativa explícita a que se le considere escritor taurino, y al cual no contestamos entonces por respeto. El tiempo, sin embargo, ha venido a darnos la razón. *El triste capeo* tiene 210 páginas, y de ellas, 200 completas, hablan de toros, descubriendo secretos ignorados, relatando hechos importantes para la historia taurina, y haciendo discretas observaciones sobre la influencia del espectáculo en las costumbres de los españoles. ¿Qué importa, pues, que el Tío Rapaqueso, con sus voces mal pronunciadas, indujera a error a sus oyentes? Estos creyeron lo que no era verdad; pero nosotros juzgamos con hechos ciertos é incontestables, y por ellos, por nuestras razones y por las de otros amigos, aceptó usted terminantemente la *alternativa* de escritor taurímaco, según declaró en el mismo artículo. Y a fe que de esa declaración nos alegramos en el alma; que refuerzos de tal magnitud, son muy contados.

Ni Luis Carmena, ni Antonio Peña, ni nosotros, ni nadie ahora, podemos calcular el bien que aquéllos hicieron a las letras y a la tauromaquia, atrayéndole a usted a nuestro campo, en el cual, ya de él posesionado, brinda usted con arrogante desenfado, tirando por lo alto la montera, por la salud de aquellos nuestros amigos Bien hayan, pues, los que le aficionaron a la danza ó en ella le metieron, y bien haya quien desde los primeros pasos en la arena, demostró firmeza, valor y conocimiento exacto de la profesión, que son las dotes por Montes

exigidas a los que se dedican a este arte. El que brinda con los ánimos que usted a sus padrinos; el que toma en sus manos los trastos del toreo con la desenvoltura, y gracia y sal, con que usted lo ha hecho, seguro está de conseguir aplausos siempre que quiera, en los trasteos y en las estocadas a fondo y por derecho, que con tal aplomo y sagacidad dirige. De maestro, al fin, *nemine discrepante*.

Codeándonos ya con tan valioso compañero, vamos a preguntarle, con desahogo, como de igual a igual, y Dios nos perdone el atrevimiento: ¿no cree usted, en verdad, que intitular a su obra *Un triste capeo*, es querer achicar su mérito? Sabemos muy bien, porque le conocemos lo bastante, que da siempre a cuantas producciones salen de su discretísima pluma, menos importancia de la que la fama universal las concede; y que sin entender de toros, ni considerarse, debe más que como un taurímaco platónico en lo que a la lidia se refiere, no en cuanto al espectáculo es en sí. Pues, a pesar de eso, nos parece el título demasiado... humilde, porque el capeo que dentro del librillo se vé, lejos de ser triste, pobre ó de significación escasa, es ceñido, soberbio y clásico. LA LIDIA lo asegura, y su opinión no puede reprocharla quien la llamó *The Times* de la tauromaquia en aquel magnífico artículo que ocupa las páginas 28 a la 34, con el título *Desde la talanquera*.

Y vamos con otra preguntita muy parecida a la anterior, a cambio de que haya alguien que nos pueda decir: «a necesidades, oídos sordos», sin tener en cuenta que nos dirigimos a usted, con cuya carta abierta contamos desde hace algunos años. ¿No responde a igual modestia — este es el nombre — llamar *librillo* a un hermoso volumen en 8.º mayor, elegantemente impreso en excelente papel y firmado por el Doctor Thebussem? Aun constanding de media docena de páginas, cualquier trabajo que autorice escritor tan ilustrado, no habrá en el mundo literario quien abone el uso de tal diminutivo. Usted ha creído lo contrario, usando las voces que mejor le han parecido, y nadie habrá que, sin querer penetrar en sus intenciones, las censure en son de crítica, que al fin el padre de la criatura tiene siempre derecho a ponerla el nombre que mejor le cuadre. De haber sido nosotros los padrinos del bautizo, otro nombre llevaría el libro.

LA LIDIA



P. Esteban lit.

Esta o. Tipografía

J. Ferrer

Salto del testuz.

de J. Falacios, Arenal, 27.

